

1 Corintios 1:4-9

1 Corintios 1:4-9, Primer domingo de Adviento.

Entramos por la gracia de Dios en otro nuevo año en la iglesia. Las primeras cuatro semanas, los domingos antes de Navidad, se llaman los domingos en Adviento, que quiere decir advenimiento, o venida. Vivimos de nuevo en espera, como los creyentes del Antiguo Testamento esperaban la primera venida del Salvador del mundo. Mientras esperamos la Navidad, reflexionamos también en el hecho de que queda otro advenimiento, otra venida de nuestro Señor, esta vez en gloria en las nubes del cielo. Nuestra vida en la tierra es, entonces, también un tiempo de espera. Adviento nos recuerda de este aspecto fundamental de nuestra vida cristiana.

Esta mañana queremos ver lo que nos sostiene en nuestro esperar. Veremos que no hay necesidad de desmayar, porque **Dios nos ha dado gracia para esperar**. I. Es gracia que nos enriquece en Cristo Jesús. II. Es gracia que da todo don. III. Y es gracia que nos mantendrá firmes hasta el fin.

Pablo empieza su Primera Carta a los Corintios dando gracias a Dios “por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús”. Es esta gracia de Dios que nos enriquece. ¡Qué tesoro es que nosotros poseemos el amor del Padre! Y podemos estar seguros de este tesoro porque eso es lo que es la gracia. Es el favor o amor inmerecido de Dios. Es inmerecido. Entonces el mensaje de la gracia de Dios es el mensaje de que, a pesar de nuestro pecado y maldad, Dios nos ha amado y nos ha querido salvar.

Así como Israel, el pueblo rebelde y terco, y sin embargo tan orgulloso y altivo delante de Dios tenía que oír la amonestación de Moisés: “No pienses en tu corazón cuando Jehová tu Dios los haya echado de delante de ti, diciendo: por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra;... No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos, sino por la impiedad de esas naciones Jehová tu Dios las arroja de delante de ti, y para confirmar la palabra que Jehová juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob. Por tanto, sabe que no es por tu justicia que Jehová tu Dios te da esta buena tierra para tomarla; porque pueblo duro de cerviz eres tú”. Deuteronomio 9:4-6.

Y ¿Por qué era tan importante recordar que no fue por su justicia, sino por la fidelidad de Dios a sus promesas a Abraham, Isaac y Jacob que ellos heredarían la tierra de Canaán? En parte porque Dios les quitaría la tierra. Pero más importante, perderían el Canaán celestial, la verdadera patria que esperaba Abraham.

Y ¿por qué están escritas estas palabras en la Biblia? Para recordarles que nosotros también heredamos las riquezas del reino de los cielos, no por nuestra justicia, ni por la rectitud de nuestro corazón, sino por la gracia, por el favor inmerecido de Dios.

Y los que esperaban el más rico tesoro de todos durante todo el tiempo del Antiguo Testamento supieron que vendría por la gracia y misericordia de Dios. Así, cuando al fin la promesa se habrá cumplido, María, la voz de la fiel iglesia de todos los tiempos canta así: “Socorrió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia de la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre”.

Este Salvador que vino es el sello y la fuente de la gracia de Dios para nosotros. Él es quien intercedió por nosotros delante del trono de Dios, como lo hizo Moisés tantas veces pidiendo a Dios que perdonara a su pueblo terco y rebelde, y que no los destruyera. Pero este Cristo es aquel mayor que Moisés que ha venido. Dio su propia vida, derramó su propia sangre para redimir un mundo perdido y condenado. y su propia vida recta y justa es ahora nuestro vestido, nuestro manto, que cubre nuestras transgresiones, una tela de más valor que mil trajes de oro fino.

Y nuestro texto nos asegura que en Cristo tenemos todo tesoro, “en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia”. La palabra de Dios en sus múltiples usos es una perla sin par. Nos amonesta y reprende cuando estamos en peligro de apartarnos del camino y perder nuestra meta. nos instruye en los caminos de la justicia, sobretodo llevándonos a conocer más y más a Cristo como nuestro único remedio y salvación. Y nos proclama la victoria que nos espera, animándonos así a quedar fieles hasta el fin.

De este modo crece en nosotros la ciencia, el verdadero conocimiento de Dios, que busca las cosas de arriba de donde esperamos la venida de nuestro gran libertador. Y así la palabra, este tesoro de Dios, nos forma en un pueblo en espera, un pueblo en anticipación, un pueblo que nunca ve su plena satisfacción aquí, sino que confía que su Señor viene trayendo salvación.

Y la gracia de Dios nos da todo don. “Nada os falta en ningún don”. Los creyentes tienen muchas necesidades. Necesitan quienes les instruyan y enseñen. Necesitan quienes les sirvan. Necesitan hermanos que oren por ellos, que luchen con Dios y prevalezcan.

Y nunca han fallado. Dios siempre ha levantado las personas y las ha dotado con las habilidades y talentos para suplir todas las necesidades de su pueblo. Cuando Israel sufría en Egipto, Dios levantó a Moisés. Cuando Israel olvidó a su Dios, levantó a los profetas. Cuando la luz del evangelio casi se ha extinguido en tiempos del Nuevo Testamento, Dios sigue levantando héroes de la fe. Conocen los nombres de algunos. San Atanasio, San Agustín, Martín Lutero, David Orea Luna, pero miles más han sido olvidados y su valor no será manifestado hasta el día en que el Señor Jesús revele toda obra en el último día.

Todos nosotros, cada creyente individual aquí tiene dones que Dios le ha dado para edificar la iglesia. Todavía se tiene que decir que no nos falta ningún don. Y la evidencia es que todavía la iglesia está en espera. Todavía sigue adelante buscando un futuro que ve con ojos de la fe. “Esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo”.

¿Cómo se explicaría la continua existencia de la iglesia de Jesucristo en un mundo tan hostil y lleno de odio a nuestro Señor, si no fuera por eso, que Dios en su gracia todavía da a su iglesia todo lo necesario para seguir esperando a su Señor? No lo ven. No lo han visto por 2000 años. Pero saben que vive y reina, y que volverá, y lo están esperando con paciencia a través de los siglos.

III. Y la iglesia tiene buen fundamento para su esperanza. Porque la gracia de Dios que formó la iglesia y que llama a cada individuo para formar parte de la misma, es una gracia que también nos mantendrá firmes hasta el fin.

El fin del mundo es el fin a que aquí se refiere. Pero para nosotros, a menos que llegue el Señor Jesús durante nuestra vida, el fin del mundo es el día de nuestra muerte, el fin de nuestra vida aquí en la tierra. “El que persevere hasta el fin, éste será salvo”.

Pero como no fuimos llamados a la Comunión con su Hijo Jesucristo por nuestra propia justicia o mérito, tampoco nos preservamos a nosotros mismos en la fe. “Fiel es Dios”, dice nuestro texto. Fiel es Dios en sus obras de gracia, de modo que no será en vano nuestra esperanza. El cual (Cristo) también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo”.

Cristo mismo nos guardará en la fe en él, “El que creyere en el Hijo tiene la vida eterna”. ¿Qué es la fe, sino “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”?

Así, ser cristiano es ser miembro de un pueblo en espera. Un pueblo que cuando el Señor venga será hallado en fe, esperando, y por tener su esperanza sólo en el Hijo de Dios, será un pueblo irreprochable en el día de Jesucristo.

Este adviento, entonces, nuevamente pongamos nuestros ojos en la salvación que esperamos, y unámonos en la gran oración: Así ven, Señor Jesús. Amén.